Terapia

—Sí, me dijo mi cuñada que con la medicación fue mucho peor y en cambio, pues mira, aquí ha conseguido mejorar y mucho, ¿eh? Sí, sí, sí…

—A mí estas reuniones de terapias no me van, pero necesito ayuda. Después de lo que pase este verano…, cierto que yo siempre he sido un poco depresivo.

—¡Ay, ay! Hola. ¡Uf! ¡Ay! Casi no llego. Perdonad. Está lloviendo a tope y mi nivel de serotonina sigue por los suelos, pero bueno, aquí me tenéis.

—Tranquila, tranquila.

[…]

—Kaixo a todos, vamos a ponernos a trabajar, aunque el tiempo meteorológico no acompañe. Trataremos de poner algo de calma en nuestro interior. Venga, dejamos que las palabras vayan encontrando un hueco por ahí dentro. Se acomoden y nos transmitan serenidad y algo de esperanza. Buenos días. Hoy puedes empezar tú, Mauro.

—Han sido doce años con Lucy. ¡Ah! Nos conocimos en casa de Rafa, un compañero de trabajo que llevaba insistiendo en que debía estabilizar mis afectos, y ciertamente fue así. Lucy resultó ser un aliciente para mi desocupada vida después de algún desengaño y muchas, muchas dosis de apatía. Hemos viajado juntos por toda Europa. Ahora que se agolpan multitud de sentimientos que han vaciado mis días y que están llenos de tristeza.

“[…] Sentía las palabras atragantadas con un sabor amargo que me impedía ponerlas en común. El grupo me miraba en silencio, expectantes, esperando conocer detalles. Tras un par de toses nerviosas apremiantes fui entreabriendo mi habitación de recuerdos.”

—Sí, en Lisboa nos alojamos en un pequeño hotel familiar. Yo me empeñé en que estuviese cerca de la playa. A ella le gustaba mucho correr sobre la arena, aunque fuese incapaz de zambullirse en el agua fría del Atlántico y sentir que el viento jugaba con su pelo. Le gustaba descansar inmóvil como si su cuerpo estuviese abandonado en el suelo y luego mover levemente su cabeza para adivinar por dónde se acercaba el vendedor que vociferaba su mercancía. Mientras, yo me bañaba, y ella junto a nuestras modestas posesiones vigilaba el ir y venir de aquel catálogo de cuerpos veraniegos.

“Frente a mí, la joven que jugueteaba nerviosa con su trenza, y que la semana pasada contó su problema familiar entre sollozos, miraba fijamente a mis pies, que se movían golpeando el suelo rítmicamente. Bajé la vista, recompuse la posición de mis pies y seguí contando la causa de mi inmensa tristeza.”

—Noté que algo no iba bien en el viaje a Múnich. Ella disfrutaba de la comida, de los paseos juntos por los parques de la ciudad, siempre con la mirada alegre, acomodándose con entusiasmo a mis propuestas. Empecé a sentir la preocupación por ella cuando subimos las escaleras hacia la avenida Grünter. Observé sus pasos cansados, luego que apenas probó nada en la comida. En los últimos días prefería quedarse sin salir del apartamento, quedarse como un niño pequeño pegado a la televisión viendo cualquier programa, descansando. No me atrevía, o no quise pensar qué estaba pensando, y entonces adelantamos el regreso. Al volver a casa, pronto dejé de oír su saludo cuando llegaba cansado del trabajo en el laboratorio. Ella siempre salía a mi encuentro. Después llegaron las consultas, el experto en problemas digestivos, los días encerrados en casa cuidando de ella, acariciando su cara entristecida. Lucy ha sido mi compañera, mi amiga, durante tanto tiempo. Ahora estoy solo. Mi perrita Lucy ha muerto y yo no encuentro consuelo. [Ladridos de perro.] Sus saludos martillean mis minutos. Quiero sentirme vivo y por eso lo cuento en este grupo de terapia.

—Gracias, Mauro, por compartir ese gran dolor. Es un paso importante para sanar tu angustia en estos momentos. Te acompañamos.